



LUIS GÓMEZ CANSECO

*«Este que veis aquí, de rostro aguileño...»*

«Este que veis aquí, de rostro aguileño, frente lisa y desembarazada, de nariz corva, barbas de plata que no ha veinte años fueron de oro, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados, este es el autor de *Don Quijote de la Mancha*». Era julio de 1613 y Cervantes se presentaba ante los lectores de sus *Novelas ejemplares* con este autorretrato jocoso. Del soldado que participó en Lepanto o del cautivo que resistió seis años en Argel apenas quedaban las heridas y el orgullo, pero tampoco había mucho del hombre desengañado que recorrió Andalucía recaudando impuestos ni del cínico socarrón que se burlaba de la tumba vacía que los sevillanos construyeron para Felipe II. El que entonces escribe es un viejo atento, sobre todo, a la salvación de su alma: «Mi edad no está ya para burlarse con la otra vida». Cuatro años antes, en 1609, había ingresado en la Cofradía de los Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento, en un gesto de devoción eucarística, aunque también de intereses sociales, pues entre los hermanos se contaban nobles señalados y escritores como Lope, Quevedo o Espinel. Asentado definitivamente en Madrid, vivía entonces bajo la protección del cardenal Sandoval y Rojas y asistía a las tertulias del padre Maiedo. La religión, poco a poco, se fue convirtiendo en el eje de su vida y de su pensamiento. Hablamos del mismo hombre que había cuestionado la expulsión de los moriscos, del que se reía en *El retablo de las maravillas* de la limpieza de sangre o del que pintó a don Quijote haciendo un rosario con los bajos de su camisa para rezar

un millón de avemárias. La inquisición portuguesa había prohibido sin miramientos ese pasaje y hubo otro censor inquisitorial que, tras desfigurar con tinta un retrato de Erasmo, anotó a su lado «Y su amigo don Quijote», consciente de la carga crítica que latía en las obras de Cervantes. Pero los tiempos eran ya otros. En el prólogo del segundo Quijote, el de 1615, ofrecía al conde de Lemos *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, señalándolos nada menos que como «el mejor libro que en nuestra lengua se haya compuesto». En esta fábula religiosa, dos castísimos e imperturbables amantes recorren en peregrinación media Europa solo para cumplir una promesa y poder casarse finalmente en Roma ante los ojos de la santa madre Iglesia Católica. Era ése –por más que lo hayamos obviado– el testamento que Cervantes quiso dejar a sus lectores, como reflejo de su propia vida, pues, en abril de 1613, había solicitado su ingreso en la Venerable Orden Tercera de San Francisco. Hizo los votos definitivos tres años después, el 2 de abril de 1616, en su propia casa, por hallarse enfermo; y el 18 de ese mismo mes recibió los últimos sacramentos: «Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir». No se equivocaba. Murió el 22 de abril en su casa de la calle León y al día siguiente fue enterrado en el vecino convento de las Trinitarias Descalzas, vestido con el hábito franciscano y, según disponía la orden, con media pierna derecha descubierta. Su despedida del mundo, recogida póstumamente en el prólogo del *Persiles*, sigue siendo una de las páginas más emocionantes de la literatura española y un consuelo profundamente humano ante la muerte: «¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto con tentos en la otra vida!». Así sea.

Luis Gómez Canseco es catedrático de la Universidad de Huelva y editor del *Quijote* y del *Quijote de Avellaneda*.